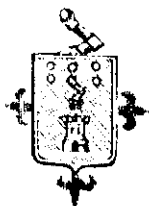


AVES DE CAZA

(ANOTACIONES AL PUERO DE SEPTIEMBRE)

FOR

D. RAFAEL DE FLORANES Y ROBLES



MADRID

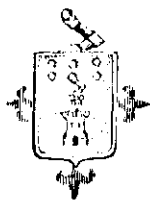
M. DCCC. XC

AVES DE CAZA

(CONTIENE LAS AVE DE FIERRO DE SEVILLA)

POR

D. RAFAEL DE FLORANES Y ROBLES



MADRID

M. DCCC. XC

Tirada de 21 ejemplares:

20 en papel de hilo.

1 en » Whatman.

»

N.º

ADVERTENCIA

Procedente de la rica Biblioteca del Duque de Osuna, adquirida por el gobierno de S. M. el 14 de Agosto de 1884, se custodia en la Nacional, [sign. Mm, 425], el manuscrito, fol.:

«FUERO DE SEPÚLVEDA

Copiado del original

é ilustrado con Notas y Apéndices

por D. Rafael de Floranes.»

«Copia sacada por mí, [dice en el prólogo F.], no de algún ejemplar vagante, de incierta fe, ó mal extractado, como los que suelen circular de mano en mano, sin saberse su arreglo ni principio, sino precisamente por el auténtico mismo, autorizado con las confirmaciones y el sello de nuestros Reyes, y observado y guardado, que la propia villa de Sepúlveda ha conservado en su archivo de casi quinientos años atrás, y por donde se ha regido.»

Falto de algunos capítulos interesantes, el FUERO DE SEPÚLVEDA, en castellano (siglo XIV), vió luz pública entre los que forman cuerpo del «tomo segundo» de la colección,

EXTRACTO DE LAS LEYES, etc. del Lic. D. Juan de la Reguera Valdelomar, impresa en Madrid por la viuda é hijo de Marín, 1798, 8.º

Las eruditas y curiosas notas autógrafas, hasta ahora inéditas, de F., á las disposiciones legales del citado FURRO, relativas á las aves de caza, se imprimen en este librito, por esmerada copia debida al favor y amistad del Sr. Don Antonio Paz y Melia, á expensas del entendido bibliógrafo de la Caza. Sr. D. Francisco de Uhagon. Otras pudieran añadirse; pero se trata no más que de conservar impresas las del Señor de Tavaneros.

Z. del V.

DE LOS AZORES

Tot ome qui matare *azor garcero* si ge lo pudieren probar, peche cincuenta mrs. e dent ayuso de quanto l' ficiere; ó salves' con v. Et si lo mesare, por cada peñola de la cola ó de las alas, peche un mri. é por cada peñola del cuerpo v sueldos: et si non, salves' como sobre dicho es: et la caloña sea del querrelloso.

AZOR *garcero* era llamada esta ave venatoria por su particular inclinación é industria, ya fuese natural ó ya de educación, para la presa de las garzas: al modo que adelante el azor garcero, el azor anadero, el gavilán cercetero, etc., todos los cuales animales tomaban nombre de las especies de aves á cuya persecución y captura más denodadamente se arrestaban. La garza es ave bien conocida, y no menos estimada, por la hermosura y utilidad de su plumaje fino (blanco comunmente), que por la delicadeza de sus carnes, que hacía el regalo de las mesas en aquel tiempo, motivo de criarse entonces por las personas de conveniencias á tanta costa azores y halcones industriados que se

las trajesen á las manos (1). En esta caza hacía una parte de la diversión, que por huir el ave perseguida de las garras del enemigo, remontaba su vuelo por las nubes hasta perderse de vista. Pero el perseguidor, subiendo allá, pronto daba con ella y la traía colgada de sus escarpas. Es noble el cuello de la garza por su compostura y elegancia, de donde fué llamar *Cuello de garza* á la hermosa doña Inés de Castro, la amiga célebre del rey D. Pedro de Portugal, de que también hay comedia. Por las garzas se llamaron también de ojos garzos las personas que, como ellas los tienen azulados. Son tres especies de garzas que, distinguidas por su nomenclatura de garcetas, garzas y garzotas, según se representan diferentes por su magnitud, hacen como una escala de nombres positivo, comparativo y superlativo. El antiguo poeta de la Rioja D. Gonzalo de Berceo, del tiempo de San Fernando, hizo ya mención de estas aves en su *Poema del grande Alexandro*, contando las abundancias de Babilonia por las de su patria á lo que creo:

Digamos vos de otros ciervos e de otros venados,
De orsos é de orsas é puercos mal domados,
De perdiz é de *garza*, é pitos mal domados,
Otros ombres en el siglo non ha mas abundados.

(1) El que no haya visto garza tiene su estampa en el *Espectáculo de la naturaleza* del Abate Pluche, traducido en castellano, tomo II, pág. 40, ed. de 1785, y dos planas antes el tratado de ella.

Destas aveciellas, anades, é garcelas
Traen para la cibdat llenas grandes carretas;
É las otras passariellas á que dicen avoletas,
Por que cantan fremoso, essas son mas caretas (r).

(1). Página 191, copla 1.334, publicado por el muy erudito D. Thomás Antonio Sánchez, bibliotecario de S. M., en el tomo III de su preciosa *Colección de Poetas antiguos castellanos*, año 1782. Contra cuya opinión de haber sido el autor de este poema Juan Lorenzo de Segura, clérigo de Astorga, no he tenido reparo en declararme, viendo que el poeta dentro de él se llama á si mismo *Gonzalo*. En la retirada que hace en la copla 1.386, pág. 198, después que ya ha hablado largo de las cosas de Alexandro para tomar aliento y volver luego á la obra, se explicó de este modo, corriendo el velo á su nombre:

Bien sembro en esso, que fué de Dios amado:
Quando fue á su guisa el Rey solornado
Mandó mover las sennas, exir fuera al prado,
E dixer á *Gonzalo* ve dormir, que assar has velado.

Pudiera añadir muchas comprobaciones instituyendo un co-
tejo entre esta obra y las demás que no se duda ser cierta-
mente de Berceo, para muchos pensamientos, expresiones y
frases comunes á una y otras que le fueron familiares y le
muestran hablando en todas partes. Pero la estrechez de
una nota no me permite tanta detención. Extrañaba yo que
entre tanto como revolvió el sabio editor para descubrir el
autor verdadero de esta pieza, no se le hubiese ofrecido este
lugar perspicuo dentro del mismo libro que traía entre ma-
nos y tantas veces debió leer y releer para arreglarle, hasta
que por fin consideré como factible que por ventura este mis-
mo cuidado le ofuscó, y aunque de asunto principal en un
literato de su pundonor y exactitud, nada extraño. Tenemos,
pues, más seguramente que á Segura el de Astorga (el cual
por la cuenta nada más fué que transcriptor), al célebre
Gonzalo de Berceo por autor, no sólo del globo de obras
que comprende el tomo II de esta colección, sino también del
«Poema de Alexandro», que va en este III. Y por ventura, como
él vivió mucho, debió ser de las primeras cosas que trabajó
cuando aun el estilo castellano no corría tan fluido y limado
como despues le alcanzó en sus últimos años, avanzando en-
tonces, que estaba en formación, de día en día por instantes.

Desembarazados ya de las garzas, volveremos á nuestros azores, y diremos que aunque el *Fuero de Sepúlveda* sólo hace mención de dos especies, el garcero y el anadero, sin embargo había más, y algunas de ellas se expresan en el de Castilla. El cual, para su distrito, tiene otra semejante ley que dice así: «Esto es fuero *antiguo* de Castiella, del precio de las aves, de todo ome que matare ó lisiare ave como non debe: Debe pechar por el azor garcero, cien sueldos: por el otro azor *prina*, sesenta sueldos: é por el azor *torzuelo*, treinta sueldos: é por el gavilan garcero, cinco sueldos: é el otro el mejor, dos sueldos: é por el mochuelo, un sueldo: é por todo falcon garcero, treinta sueldos: é por otro falcon que non sea garcero, así como *nebli* ó *bahari*, por el mejor sesenta sueldos» (1).

Esta ley hemos querido copiar aquí, no sólo por que prueba, del mismo modo que las de Sepúlveda, el gusto de nuestros antiguos á la caza de volatería y la prolijidad costosa con que la mantenían, sino por la luz que se prestan mutuamente los dos Fueros para ser bien entendidos sobre este artículo. Los sabios editores del Castellano, año 1771,

Aun quedo con sospecha, por varios antecedentes observados, que el mismo Cisne de Ríoja, de vena tan fecunda que de todas partes le buscaban para versificar, haya sido también el autor del «Poema del Cid», cuya mitad última ó segunda parte únicamente publicó el Sr. Sánchez en su tomo I, faltándole ejemplares de la que antecedia.

(1) L. 2, tit. V. lib. II, pág. 72.

notaron sobre esta ley algunas cosas. Y por lo tocante al azor *prima*, advirtieron que *quiere decir de los regulares el de mejor calidad*. Pero esto no es así absolutamente. Aquel texto ha salido incorrecto en *prima* por *prima*, que es como debió imprimirse. Esto es, *azor prima*, frase bien conocida en términos de Cetrería. El docto D. Sebastián de Cobarrubias, por quien siguió en esta familia literata la sabiduría y el buen gusto de estudios, que excitó en ella el célebre presidente, su tío, en su *Tesoro verb. Hembra*, previno: *Entre las aves de rapiña las primas son hembras y los machos son los torzuelos*. Y después en la palabra *torzuelo* repite: «Los que saben de Cetrería dicen que comunmente la cria de los azores es de tres pollos; los dos primeros se llaman *primas* y son hembras y grandes de cuerpo, y el *torzuelo* es menor que ellas y es macho. Dixose *torzuelo*, quasi *terzuelo*, por ser tercero en orden, y conforme á esta regla hay algunos azores que para *primas* son pequeños y para *torzuelos* grandes, y estos son los *segundos*.»

De aquí se sigue no poderse sostener la explicación que dichos señores editores del *Fuero de Castilla* dan al *torzuelo*, diciendo con D. Fadrique de Zúñiga, Señor de Mirabel y Brantevilla de Rioja, en su tratado de *Cetrería*, impreso en Salamanca, año 1565, ser *los que salen de tórtolas*. Ciertamente si aquel caballero tal cosa escribió (pues al presente no tengo por delante su obra), manifestó saber más

de caza que de física. Ya se libraría la tórtola de esperarse á las caricias del azor, ave tan cruda é insociable que á malas penas están seguras con ella aun las de su propia especie: motivo de su menor fecundidad. ¿Cuánto menos las otras, con las cuales es constante mantiene una guerra viva, una jurada perenne amistad? ¿Qué más? Ni á las de sus costumbres sufre. Ella conviene con el halcón no ya sólo en vivir como él del rapto, sino en la ojeriza particular contra la garza; de donde es que haya halcón garcero, como azor del mismo título. Pero en esto sólo conviene. Por lo demás, como el halconero se descuide y aporte por allá el azor, él se sabrá dar cabo bien en breve de toda la halconería, matándolos uno por uno á todos hasta no dejar ninguno á vida. Por lo que Ovidio:

*Volucris, rapto qua vivit, et omnes
Terret aves.*

Y en otra parte:

Nulli satis æquus in omnes secret aves.

«Jamais on ne s'est aperçu (dice el insigne naturalista Valmont de Bomare) que ces oiseaux, quoique seuls dans la même voliere, ayent pris de l'affection l'un pour l'autre: ils y ont cependant passé la saison entière de l'été; depuis le commencement de mai jusqu'à la fin de novembre, où la femelle, dans un accès de fureur, tua le mâle dans le silence de la nuit. Leur naturel est si sangui-

naire, que quand on laisse un autour en liberté avec plusieurs faucons, il les tue tous uns après les autres» (1). Y por lo demás conviene enteramente con la descripción de nuestro Cobarrubias aun en la deducción del nombre del torzuelo. «Dans ce genre (dice en otro lugar) d'oiseaux, les femelles sont plus grandes que les mâles, d'un plus beau plumage, plus fortes, plus courageuses, et plus féroces, parce qu'elles ont seules soin de leurs petits: les mâles étant d'un tiers moins grands, sont appelés *tiercelets*, *tercellini*, quasi *tertiarii*» (2). Así que no podrá negarse que nuestro Cobarrubias escribió en el asunto con instrucción y verdad: en fin, como quien tuvo presentes, entre otros buenos libros de Cetrería, de que hoy carecemos (á lo menos en lo público), el del Canciller sabio D. Pedro López de Ayala, el de Juan de Sahagún, cazador del rey don Juan II, de que ni memoria se halla en D. Nicolás Antonio, otro manuscrito de un anónimo, pero también castellano; éstos sin los de fuera del reino, de Guillermo Napolitano, de Ulises Aldobrandino y los vulgares de Historia natural (3). A más que

(1) *Dictionnaire d'Histoire Natur.*, artíc. *Autour*, pág. 383, tomo I. Lyon, 1776.

(2) Tomo VI, pág. 128, artíc. *Oiseau*, y tom. VIII, artículo *Tiercelet*, pág. 588.

(3) Cobarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*, artíc. *Cetrería*, *Sacra*, etc. Es buen libro, por cierto, éste de Cobarrubias, y de mucho uso para nosotros, por más que no hubiese agradado al hinchado crítico de los gramatizantes Esciopo. Supone en su autor mucha y buena lección, generalmente hablando.

él mismo se muestra experto, y en sus días había más proporción de informarse inmediatamente por el órgano de los profesores que abundaban en todas partes. Hoy escasean ya y se oyen estas materias como unas antigüedades de los tiempos apartados.

Entretanto es también nota digna de arreglar

Contiene un buen número de anécdotas y especies curiosas que con dificultad se hallarán en otra parte. No negaré dos cosas: una, que sin embargo tiene que limar; otra, que no está concluido, á lo menos según el todo de la idea de su autor, pues desde la M adelante, que es la mitad del Diccionario, resulta extraordinariamente abreviado ó defectuoso de voces, no ocupando esta parte apenas la mitad de la primera. Con todo, tal cual está hubiera sido de desear: lo primero, que algun hombre sabio se hubiese dedicado á corregirle en lo que contiene y ampliarle en lo que le falta por la misma idea de su autor, pues en el día aún no tenemos equivalente, careciendo la nación de un Diccionario de su propia historia, cuando este género en las extranjeras ha llegado á abundar hasta el fastidio. Y lo segundo, que no se hubiese metido á echarle á perder, como otros á los buenos libros de su tiempo, el Clérigo menor Noydens, en la edición más vulgar de 1674, con unas adiciones impertinentes é ineptas ¡Rara fatiga de hombre! Como otros ponen mano á los libros para hacer de malos buenos, éste mezcló la suya para hacer de buenos malos. Un extranjero que pasa á otra nación debiera contentarse con aprender la lengua de ella de un modo que le entiendan. Pero erigirse en catedrático con la presunción de enseñarla á los mismos naturales, cuando para tanto magisterio ni aun éstos se dan por satisfechos, no ya desvarios, sino locura, á mi entender digna del élboro. Vayan, pues, fuera del libro de Cobarrubias semejantes ineptias, y tóñémosle como él le dejó en su edición propia de 1611. Prosígale desde ahí el que guste añadirle algún beneficio, pues es de hecho que él le necesita, bien que no tal como creyó el impertinente Escopio: el cual mejor entendedor de la latina que de la nuestra, debiera comprometerse con Noydens en aprenderla del Diccionario de Cobarrubias, antes que censurársele. Criticastro ridiculo, á quien estomagaba todo lo que no era producción de su altivez.

con otra nota la que nuestros editores hacen á dicho su Fuero Castellano en el texto *falcón* del género *bahari*, apuntando con Zúñiga, *ser otro género de azor que se cría en Peña Cerrada y Santa Cruz* (de Campezu, en Alava), *y en la Valle de Ibor, junto á Guadalupe*. Pero es constante que aquí va confundido el halcón con el azor, pues no hay azor bahari sino falcón bahari, y de éste trata expresamente el Fuero en aquel lugar. He aquí por qué yo me dilato, no llevándome el genio, naturalmente amante de la mayor exactitud posible, á acelerar el paso en perjuicio de la instrucción sólida de mis lectores. *Sat citò, si sat benè*. Los sabios, cuyo juicio será para mí siempre de mucho respeto, no suelen indignarse ni hacer contradicciones porque se abrevie ó se tarde; sino porque habiendo tenido á su disposición el escritor el tiempo y la plana, no la cubrió con noticias exactas y cabales, estrujando bien las cosas para aliviarles el trabajo y merecerse la confianza pública.

Por más que el azor sea una ave tan esquivia y zahareña aun con su propia *prima*, despego que igualmente se observa en el gavilán, el halcón y las demás aves de rapiña, no por eso deja de provenir con bastante abundancia en nuestros riscos y peñas. Esto lo saben muy bien las gallinas, populares por toda la coronación del país de las montañas, donde de continuo viven amedrentadas de las sorpresas de este su ágil enemigo, y apenas hay día en

que no enganche en ellas alguna presa, sin que le acobarden al animal intrépido los anatemas de las tristes aldeanas. Fecundan por lo menos en Liébana mi patria. Allí es el lugar de Cosgaya, penúltimo en altura del valle de Baró, y último por el costado con las montañas de Valde-Burón leonesas. De cuyo monte de *Cubo*, que muchas veces pasé, y es horroroso, nos dejó escrito el rey D. Alonso XI en su *Libro de Montería* que *es bueno de oso en verano*, señalando allí, como quien le había penetrado en bastantes ocasiones con motivo de sus batidas, por dónde se hacía la vocería y se fijaba el armada (1). Pues tal monte y los demás de aquel Concejo no son menos feraces de azores, como por informe de otro escritor lo notó ya el M. Flórez (2).

Frente de este lugar y comarcano con él se desgaña el de Pembes, colgado, casi más bien que pegado, de los pendientes de una cuesta muy rápida, en cuyos montes, por privilegios antiguos y cartas ejecutorias que he visto, privativamente pertenece la muda de los azores al Señor de la casa de Mogrovejo, una de las más ilustres de la patria; verifi-

(1) Capítulo II, lib. III, pág. 32, col. 1.^a de la edic. de Argote; en Sevilla, año 1582.

(2) En el tomo XIX de la *Esq. Sagr.*, pág. 87, n. 3, escribiendo las memorias de los obispos trienses Athaulfo II y Sisnando I, tío y sobrino, naturales de Cosgaya, territorio, dice, muy nombrado por los azores que se crían en sus montes. Fueronlo bajo de Alonso III y el segundo su capellán mayor.

cándose en otro tiempo querellas contra los raptos, como por materia de hurto, de la que hoy no se hace caso. Estas concesiones deben provenir de los reyes D. Alonso el Sabio y D. Sancho el Bravo, su hijo, que tuvieron por su montero mayor á Martín Ruiz de Mogrovejo, cuyo hijo Ruy Martínez fué también capellán mayor, limosnero y secretario de este último Rey, con la singularidad de que del padre no falte desde entonces hasta hoy la línea continuada de varones en esta casa, originaria del segundo Borromeo Santo Toribio Alfonso Mogrovejo, ejemplar arzobispo de Lima (1).

Aunque el ya citado Cobarrubias, siguiendo las tradiciones de algunos libros antiguos de *Cetrería*, en el artíc. *Azor* escriba *ser esta ave para nosotros peregrina, traída á los principios de esas partes septentrionales y después criada en España*, no obstante creo se deba desistir de semejante tradición. Porque si el nombre que la corresponde en latín no es el de *accipiter*, que le dan los más, sino el de *astur* que dan los franceses y otros muchos á su *antour* ó *azor* nues-

(1) Podrán verse los escritores de la *Vida del Santo*, el Relator D. Antonio de León Pinelo en la que publicó el año 1653 en 4.^o, y D. Nicolás Antonio Guerrero en la que repitió en folio en Salamanca por los años 1728, en cuyo cap. I cuentan algunos de los raros fueros y privilegios de esta casa. Pero por sus propios documentos, donde dicen que el rey D. Sancho eligió por su capitán y limosnero mayor á Rui González Mogrovejo, debe enmendarse por capitán, capellán, y por González, Martínez. La regalia que dicen ejerce el Señor de este palacio en la elección de oficios de justicia, tampoco es en los del valle, sino en los del propio Concejo de Mogrovejo.

tro; ó conviniendo, por lo menos, en que tal nombre pertenezca á cierta especie ó casta de él, siempre tendremos el origen de los azores, ó á lo menos el de esa casta, en nuestras *Asturias*, pues de ahí, según todos, es este nombre *astur*, el cual propiamente significa al asturiano ó la cosa que es patriótica de ese país. Al modo que los romanos llamaron caballitos *asturcones* á las jacas recias y camineras que llevaron de esta región, donde todavía las hay que sirven al traxino, y aun algo más pequeñas, pero más duras, se crían cerriles en los Puertos como ganado bravío, á disposición del primero que tenga la habilidad, no muy fácil, de apresarlas... Los romanos, que tuvieron medido á palmos todo el ámbito que dominaron, ninguno de los productos de cada patria permitieron se reservase á su conocimiento. Como no se les ocultaron las ricas minas de Asturias, de que puestas en labranza llegaron á sacar tan cuantiosos proven- tos; con ese motivo tuvieron disposición de cruzar bien el país, reconocerle y saber todos los demás géneros de su producción nativa. De ahí fué la noticia cierta de la existencia de los *asturcones* y de su índole y utilidad; los cuales, por ventura, ellos mismos ocuparon en el trajino de los metales, leñas, forrajes, etc. Pues ya dado ese principio, ved ahí por donde con el trato de las gentes vinieron también á adquirirla de que en el país había un particular género de aves que servían para la

presa de otras regaladas. Y, como á los caballitos, por naturales de Asturias, ellos en su lengua los nombraron *asturcones*, por esa misma razón á los dichos pájaros los llamaron *astures*; prueba de que de tal especie no los había en su tierra, porque de otro modo el nombre de allá les hubieran dado.

En efecto, no es tan nuevo y raro este nombre que no se encuentre ya usado entre ellos después de la invención de aquellas aves en Asturias. Ludovico Celio Rhodiginio, con su lección vasta de los antiguos, le observó ya en Julio Firmico Materno, que escribió viviendo todavía Constantino el Grande en el año 337, último de su Imperio y vida (1): *Astures autem vulgo nota aves sunt, sic nuncupata Firmico* (Matheseos, V), *qui et falcones non retinet* (2). El qual tampoco calla, dice aquí Celio, los halcones. De estos tenemos ya mención en Festo Pompeyo, y sigue por San Isidoro, que parece dar á entender ó que es nombre de la lengua de España, ó de mucho uso entre los españoles: *Capis Italia lingua dicitur à capiendo: hunc nostri falconem vocant, eo quod incurvis digitis sit* (3); como si dijésemos *ave fal-*

(1) Fabricio en sus *Bibliothecas*: la *Latina*, lib. III, capítulo VIII; la de *Media & infima latinitas*, de la edic. de Padua de 1754, por el sabio P. Mansi, con sus *Adiciones*, tom. II, página 166, col. 2.^a

(2) Rhodigin., *Lectionum antiquar.*, Lib. XXIII, cap. V, página 161, tom. III, edic. Lugdunens. 1560, en 8.^o

(3) *Etymologiar.*, lib. XII, cap. VII, pág. 245, edic. Reg. Matritens. 1599, tom. I.

cata. Pero del *astur*, á la verdad, no es tan obvia la noticia en los escritores antiguos. En los del tiempo medio, sí; sabiéndose que el insigne dominicano Alberto Magno, que floreció por la mitad del siglo XIII, habiendo vivido desde 1205 á 1280 (setenta y cinco años), escribió tratado particular *De Falconibus Asturibus, et Accipitribus* (1), suponiéndolas especies diferentes, como yo también me inclino á que lo sean (hablando de las dos últimas, porque de la otra no hay duda), aunque ya hoy por la poca práctica que se tiene de estas cosas será difícil la averiguación. Y también porque el azor es una ave multiforme que á cada primavera, á cada muda, en cada criazón, en cada estación progresiva de su edad, varía colores; y el que sólo le ve en un período, creyéndole así siempre, puede fácilmente ser inducido á error: lo mismo que el que le vea en dos ó tres mudas, no constándole la identidad, entenderá que son otras tantas especies diferentes. Y no menos el que conozca sólo los de un país y no

(1) Cuyo tratado hace hoy uno de los XXVI libros de su famosa *Historia de Animalibus*, en el tomo VI de sus obras en la edición general del P. Jammy, en León, año 1651. El cual antes se había impreso por su parte August Vindelicor., 1596, 8º, juntamente con el libro *De arte venandi cum avibus*, del docto Emperador Federico II, adicionado por el Rey Manfredo de Sicilia, uno y otro coetáneos al mismo grande Alberto, y á lo que parece, en este punto de un mismo gusto de estudios: el primero de los cuales murió en 1250 y el segundo en 1266, dejándole vivo á él. Fabricio, *Biblioth. med. et infim.*, tom. I, pág. 45, col. 1.ª; tom. II, pág. 207, col. 2.ª, y tom. V, pág. 13, ead. col.

los de otros. Pues es constante que cada clima de diferente temperamento, saca también diferentes en algo los vivientes de una misma especie. Y no ya sólo muchas veces en la exterioridad, sino también en las inclinaciones y costumbres. De donde es un artículo de los de mayor dificultad en el vasto teatro de la Historia Natural y de la Física, la distinción y clasificación sinóptica y descriptiva de los diferentes seres por sus géneros y especies.

En prueba de la antigua crianza de estas aves de pillaje en las Asturias, y de los placeres que con ellas se tomaban nuestros reyes ancianos, los Alonsos célebres, los Ramiros, los Ordoños, los Fernandos, aquellos héroes inmortales con cuya severidad nunca estuvo reñida la inocente diversión de la caza de volatería, convirtiendo á ella los cortos momentos que les dejaba libres el afán continuo de la guerra y del gobierno, produciremos aquí sus propias escrituras; y porque también se vea que las pieles antiguas bien estiradas alcanzan para todo. Es así: La santa iglesia de Oviedo, que por aquellos primeros tiempos fué la Catedral de Corte, precisados nuestros Reyes á mantenerla en aquel retiro por hallarse embarazado de enemigos todo el resto del Reino; con los fueros de tal disfrutó á manos llenas sus liberalidades, regias verdaderamente á proporción de lo poco que podían. Entre sus ricas donaciones con que se halla, he apuntado las siguientes por conducentes á mi asunto.

I. Del rey D. Alonso el Casto, librada por escritura de 24 de noviembre del año 812, en que después de otras dádivas gruesas, señala: *Foris autem murum Civitatis concedo exitus per circuitum, servas multas et magnas terras cultas vel incultas, fontes, montes azoreras, prata, pascua, aquas, etc.* (1).

II. Los obispos Severino y Ariulfo, dueños de muchos lugares, iglesias, patronatos, bienes y rentas en la montaña de Santander y de puertos acá en las alturas de Castilla la Vieja, los donan á la iglesia de Oviedo por instrumento de 21 de abril de 853; y dicen se entiendan donados *omnes isti Valles et Ecclesiæ supradictæ, cum montibus, fontibus, azoreras, bustis, pratis, aquæductibus, exitibus, piscationibus, molinariis, et omnibus jugis* (gozes) *quæ ad usum hominum pertinent* (2). Este documento prueba que no ya solo en la *Asturia* propia, sino también en la extensiva á la montaña, que por entonces, antes del crédito y reputación de Santander, se llamaba igualmente *Asturia*, con la denominación, para distinguirse, de *Santa Juliana* (hoy abreviado *Santillana*); por cuya consideración, confundiéndose las cosas, el singular en cada una pasó en ambas al plural *Asturias*; se criaban *azoreras*, sotos ó aviarios de esta especie para el ejercicio de la caza de vuelo, de dominio particular, y que era una de las hacien-

(1) Risco, *Esp. Sagr.*, tom. XXXVII, apénd. Escrit. VIII, pág. 317.

(2) Apénd. cit., Escrit. IX, pág. 321.

das de aquel tiempo, la cual entraba en la expresión general *cum universitate bonorum*.

III. De D. Ordoño I, año 857, con la propia expresión.

IV. De D. Alonso III, en 891.

V. Del mismo, año 905, dotando por la primera el monasterio de Tuñón.

VI. De D. Fruela II, año 912.

VII. Del II D. Ordoño, en 921.

VIII. Del hermano de ellos, D. Ramiro, no reconocido entre nuestros Reyes, aunque lo fué de Asturias, año 926.

IX. De D. Bermudo II, en 992.

X. De D. Fernando I, año 1056, ó cerca, pues la fecha no está corriente.

XI. De D. Alonso VI, su hijo, en 1096.

XII y última. De la Reina doña Urraca, hija de éste, en 1112 (1).

(1) De estas escrituras la III, de D. Ordoño I, es en el *P. Risco*; la IX, del citado su *Apéud.* al tom. XXXVII, página 327; la de D. Alonso III de 905, aquí la IV, allí la XI, página 336; la VI, de D. Fruela II, la XIII de aquel *Apéud.*, página 347, y la VIII, del hermano D. Ramiro, allí la XIV pág. 351. Pero como no expresa de dónde las recibió, conviene advertir que éstas y todas las demás que yo cito se hallan impresas desde el año 1744 en un *Quaderno* que las contiene con algunas otras de aquella Iglesia, confirmadas entonces por el Señor Rey D. Felipe V, é insertas en la cédula de confirmación. Y mi ejemplar impreso ha sido cotejado después con las originales ovetenses, ó que se tienen por tales. Están en él á los folios siguientes: 10 v. y 32 v., 15 y 36 v., 18 y 64 (que sólo son tres, duplicadas como otras, por inadvertencia de sus extractores), 38 v., 40 y 41, 58, 61, 62, 66 y 75 v.

En la de esta Reina hay la expresión de que los lugares y posesiones que la dona, *damus cum omnibus bonis, quæ ad subsidium hominum pertinent, montes, venationes, azoreras, gavilanceras, morteras, brancas, prata, pascua, pelagos defensos, aguas aquarum*, etc. Y en la de su padre lo primero, y luego: *azoreras et gavilanzeras, et palleras*, que son: azoreras donde se criaban los azores; gavilanceras donde los gavilanes; y palleras, donde las *pajaveras* del placer ó huelgas reales. Y debían mantenerlas cercadas; porque el Rey don Alonso III, en la dotación del monasterio de Tuiñon, año 891, demarcando sus términos en circunferencia, dice *van et per illa cerca de illa azorera*. Generalmente estas escrituras las pronuncian así: *azoreras*; pero no todas con constancia. La de este mismo Rey, del año 905, las llama *acitoreras*, que para aquel tiempo valía lo mismo. Tenemos todavía en Castilla la Vieja, lugar y familia del nombre *Acitores*, y por la cuenta le hubo de recibir por criarse muchos azores en él. En otras, á saber: la de D. Ordoño I, de 857, la del II, de 921, la del Rey D. Bermudo, de 992, y la de D. Fernando I, se escriben *aztoreras*, donde parece hay más vestigio de la voz *astures* primitiva, pues con un poco de zaeo sale *aztures*, y de ahí *aztureras, aztoreras, azoreras*, etc.

De 1.º de octubre del año 1047 es la escritura 88 del Apénd. del P. Escalona, pág. 457 de su *Histor. de Sahag*. Por la cual el Rey D. Fernando I donó

la villa de Godos á D. Cipriano, obispo de León. Y dice que por corrobora recibió de él un caballo y dos azores, el uno pollo y el otro ya ejercitado: *et duos accipitres, uno pullo et alio tratato*. Esta misma propensión venatoria de nuestros nobles antiguos acreditan sus pinturas. El sabio D. Lorenzo de Padilla, arcediano de Ronda y cronista del Emperador Carlos V, en su *Nobiliario Ms. de España*, part. I, cap. V y part. II, cap. XVI, cita una escritura, que tiene el lugar de Padilla, del año 1077, por la cual D. Gonzalo Alvarez y doña Godina, su hermana, que eran señores de aquellos vasallos solariegos les concedieron que pudiesen testar libremente de sus bienes, sin incurrir mañería. Y la señora, dice, está pintada con ramillete de flores en la mano; pero él con un halcón ó gavilán en la suya y perros podencos á los pies.

Pero lo que más me admira de todo esto, es que un Prelado tan serio y de tanta virtud y abstracción como el grande Oliva, obispo de Vique y al mismo tiempo abad de Ripoll, hallándose ausente en Francia, escribiese á sus monjes con mucha seriedad, y como en negocio de mucha gravedad, que le cuidasen bien de sus cisnes y del alavanco en que tenía puestos los ojos, y dándoles al mismo tiempo noticia de cómo se hallaba nuevamente con una grulla amaestrada, que sabía romper los aires con su vuelo y también sacar los ojos á los asnos y cerdos, con otras recomendacio-

nes que hace de la tal ave, que si no hallásemos adoptado el documento por hombres graves, podríamos reputarlo juego de niños: *Præterea cignos et gaviancum delicias Domini quam maxime custodite; et quicquid illis adversi acciderit, aut boni contingerit, continuo litteris prænotate; ut aut prosperis collatemur, aut adversis afficiamur. Enge autem, quoniam est nobis et grus, quæ iam didicit æra saltibus pervolare, asinis et porcis oculos eruere, videturque iam capite rubescere, pennis nigrescere, et voce clarescere: cuius tantis prosperitatibus vos convenit congaudere.* Escribía hacia 1023, y se hallará esta carta impresa en el tomo XXVIII de la *Esp. Sagrad.*, pág. 276.

Tengo demostrado mi asunto aun más allá de lo que podía esperarse en tan remota antigüedad, y siendo ella una menudencia de que parecía no haber debido quedar noticia. En efecto; en la idea apocada que hoy tenemos de estas cosas, ¿quién había de creer que en instrumentos tan serios y por unos Reyes tan severos, tan frugales y belicosos, se nos hubiesen de tradicionar unas memorias que en el melíndroso gusto del día están expuestas á pasar por bagatelas indignas de alguna consideración? Pues no, sin embargo, no. Por entonces no sólo los Reyes, las Reinas también tenían el gusto de salirse al campo de paseo con sus damas, y se llevaban á la mano el halcón ó el azor para volarle á la garza, la perdiz, la paloma torcaz que primero saliese. Y se tomaban la más divertida recreación

en vérsela perseguir, cogerle las vueltas, apresarla y traérsela á la manga. ¿Qué pasatiempo más sencillo? ¿Qué otro más inocente? Eso indican varias efigies de nuestras antiguas insignes matronas, que habreis visto propuestas con cierta ave en la mano. Abrid la obra inmortal de las *Reinas Católicas* que nos dejó aquel sabio de primer orden, el P. M. Flórez, y hallareis un ejemplo en la estampa legal de la Reina doña Leonor de Inglaterra, mujer de nuestro excelente Rey Alonso el Noble (1). Trasladad la foliatura al apreciable *Discurso de Montería*, con que el curioso Conde de Lantarote D. Gonzalo Argote de Molina acompañó la edición del tratado del mismo título del Rey D. Alonso XI, y advertireis que en tiempos más modernos del endiosamiento y majestad no desdeñaban nuestras monarquías mezclar sus gravedades en las batidas de mayor peligro (2).

Bien que este desahogo, que en los Príncipes y grandes señores tiene cierto aire de galantería, en los súbditos de menos conveniencias, que se propusieron la vanidad de competirles, vino á degenerar no pocas veces en un exceso delincuente, y que fué necesario reprimir. Se vió por los años 1206 un obispo de Segovia, D. Gonzalo Miguel, capitulado por sus cabildos de *Sepúlveda*, Pedraza,

(1) Tomo I, pág. 397. 2.^a edic. de 1770.

(2) Capítulos XXIX y XLIV, fol. 9, col. 2.^a, y fol. 19, col. 2.^a

Fuentidueña, Cuellar, Coca y Alcazarén, por que empobrecia los clérigos con vexaciones y tributos despendidos en perros y páxaros de caza, y molestaba los pueblos con censuras quando algun perro ó páxaro se le perdía (1). Y no se detuvieron en seguirle por ello un proceso afrentoso hasta Roma, interesando en él la autoridad del mismo Romano Pontífice Inocencio III, que por fin le cometió *in partibus*, donde no salió lucido. Pero este obispo era joven, no contando á la sazón sobre treinta y cuatro años, y era otro de los negros capítulos: «Que había entrado en la dignidad con medios ilícitos y sin edad competente; pues no teniendo más de veinticuatro años cuando se consagró, había jurado tener treinta.» En todos tiempos ha habido de todo, alternando los vicios con las virtudes. El siglo de oro es contado en las fábulas.

Á otro personaje se le ridiculizó un siglo después, porque olvidado de la seriedad y digno empleo correspondiente á su esfera, se jactaba puerilmente blasonando de estas grandes hazañas contra moros, que era entonces todo el fuerte: «Yo soy muy cazador, é he fecho muchas cazas nuevas, que nunca fizo otro hombre: et aun he fecho é añadido en los capillos é en las piguelas algunas cosas muy aprobechosas, que nunca fueron fechas: et agora los que quieren decir mal de mí, fablan con

(1) Colmenares, *Hist. de Segovia*, cap. XIX, § 6, pág. 169.

escarnio en alguna manera: et quando loan al Cid Rui Diaz ó al Conde Ferrand Gonzalez, de quantas lides que ficeron; ó al Sancto é bien auenturado Rey D. Ferrando, quantas buenas conquistas fizo; loan á mí diciendo, que fiz muy buen fecho, porque añadí aquello en los capillos é en las piquelas. Et porque yo entiendo, que este alabamiento mas se me torna en denuesto, que en alabamiento...» Consulta á un Filósofo el medio de sacudir aquella nota (1).

Aun en tiempos más adelantados de la Reina Católica doña Isabel, cuando se cree que no quedaba *brazo alguno ocioso en el reino*, y que todo era una escuela de perfección y de virtud, un director de conciencias se vió en precisión de levantar el grito y explicarse de este modo: «Pues á vosotros, reverendos señores obispos é los otros perlados eclesiásticos é los nobles señores comendadores de las órdenes de Santiago é Sant Benito é Sant Juan, que del número de los Religiosos soys: á aquellos que lo facen digo: no se yo donde se halla, ó que derecho lo concede, el tanto ó mas del tiempo andeis á monte, y para ello aparejais tantas costas y gastos, que aun á los que tienen muchas rentas de sus patrimonios no les es tanta superfluidad lícita: ni á donde se halle, señores, que dais por una ave, que á las veces se pierde otro día, ó

(1) El Príncipe D. Juan Manuel en su *Conde Lucanor*, cap. I.

que no se pierda, los cincuenta ducados ó doblas, é mucho mas muchas veces: é quanto pan comen vuestros canes: é los vuestros Religiosos ó encomendados é súbditos mueren de hambre, y desean muchas veces lo que á ellos les sobra: é los estantes enfermos ó á la muerte, serian esforzados con las aves que en vuestros falcones é azores se gastan. Aved en acuerdo, Señores, que dice nuestro Redentor é Señor por S. Matheo: no es bueno dar el pan de los fijos á los canes... »

« ¡Oh! que gran confusion para en aquel dia de la hora postrimera de la muerte, que os será demandada tan estrecha cuenta, é aun en algo con usura, que se halle en los libros de vuestras conciencias, tanto gastado en aves y canes; y que ellas esten muy afeitadas á las veces de pihuelas y collares de plata é capirotes mucho polidos é de diversas colores, é vuestras iglesias no tengan apenas un buen frontal de una color, é los corporales que les parecen, é que las otras cosas les falten, siendo aun fasta las ofrendas de vuestras rentas; y los sacerdotes de esas iglesias mueran de hambre, ó les es dada ocasión, que se den mas desvergonzadamente á los vicios sin todo freno ó rienda. »

Sigue exhortándolos: les reconviene con sus obligaciones y con el juicio que les espera; con las Santas Escrituras y sus propios estatutos, bien que con esta desconfianza: « Mas algunos habrá ¡mal pecado! que sabrán mas de como se vuela la

garza, é quando se ha de dar la muda, é las otras cosas del *Libro de Cetrería*, que no los textos de su regla (1).

(1) El *Espejo de la conciencia* en el Tratado I, cap. LXIX, de que fué autor un docto y pio religioso franciscano (Fr. Juan Bautista de Viñones) del convento de la Piedad de Guadalcanal, entre los años 1500 y 1504, con impresión en Logroño año 1507, otra en Toledo año 1525, y alguna más que he visto. El cual dice le escribió por encargo de la muy ilustre señora doña Juana de Cárdenas, mujer del magnífico Sr. D. Pedro Portocarrero, para enseñar á los señores sus obligaciones con sus vasallos, y á los demás estados de gentes sus deberes de conciencia. Conduce mucho para el derecho público de aquel tiempo. Es uno de los buenos libros que aquel santo y sabio obispo de Calahorra, D. Juan Bernal Díaz de Luco (comparable, á mi ver, con los Padres de Nicea), recomendaba á la lección de sus clérigos en su no menos raro y precioso *Aviso de Curas*, de que llevaba ya hechas tres ediciones el año 1545, en que salió la última de ellas en Alcalá. Véase allí la part. II, cap. II, fol. 32 v, donde con el mismo motivo de instruir á su clero, da noticia de otros libros del propio asunto, ya hoy menos conocidos. Y por lo tocante al autor del *Espejo*, podrá también verse la *Bibliotheca Franciscana* del P. Fr. Juan de San Antonio, tom. II, p. 134. D. Nicolás Antonio trató de él en dos lugares de su *Biblioth. Nov.*, tom. I, pág. 497, y tom. II, página 268 (1.ª edic.) con bien poca instrucción, aunque andaluz y compatriota; dando en el segundo lugar por anónimo al que en el primero habia puesto por autor conocido con su propio nombre. A más de esto, la edición de 1525 en Toledo (que tengo presente) la señala en Segovia. Añade otras dos, una en Sevilla, año 1543, y otra en Medina del Campo, año 1552. Pero la que yo he visto de Sevilla en casa de Crombérger, no es sino de 1548, y todas en folio. Si yo, al paso que me hallo animado de unos buenos deseos, lo estuviera igualmente de protección, tiempo y disposiciones para sacar aparte las muchas notas, adiciones y correcciones que he ido haciendo sobre este famoso bibliotecario, por resulta de una lección de muchos años, creeria que aun después de la nueva excelente edición de Madrid no estuviesen por demás para aquellos que gustan la mayor exactitud en este género de obras. Pero ahora, viendo que el autor del *Espejo* me ha enseñado costumbres y vicios de su tiempo, que yo ignoraba, y que han hecho lo mismo otros

autores que en diferentes tiempos escribieron iguales libros para arreglar las conciencias y dar instrucción á los Padres confesores sobre el modo de examinarlas con interrogatorios apropiados á los vicios reinantes en cada tiempo y aun en cada estado, oficio y profesión; se me ha ofrecido no pocas veces el pensamiento de que si se hiciese una colección cronológica, sistemática y bien ordenada (enlazándola por el orden sucesivo de los tiempos) de todos estos libros penitenciales é instructorios de las conciencias, tendríamos una historia viva y continuada de las costumbres de cada edad, y por consiguiente, de todos los tiempos pasados, pues en todos hubo estos libros, á lo menos de seis siglos á esta parte, que es lo que más interesaba á la historia. Doy un ejemplo para los que no perciban mi idea. ¿Qué autor técnico del lanificio y obraje de paños nos instruye con más individualidad de las varias y complicadas operaciones que ocurrían en esta manufactura, cuando perfectamente se fabricaba en España, que el teólogo Juan Arias del Castillo, clérigo de Molina de Aragón, entonces maestro en este ramo? Pues he aquí que eso lo hace en su *Doctrinal de Confesores*, impreso en Alcalá, año 1552, tratando sólo de instruir á éstos en los muchos y graves fraudes, que se podían cometer en cada una de las dichas manipulaciones no caminando rectas las conciencias de los oficiales, para que así tuviesen los regentes de ellas, en el tribunal del Espíritu, los medios de examinarlas á fondo y arrancar tales malicias del pozo profundo y latebroso de su seno. Véase el extracto que por lo mismo tomé de él el autor inmortal de la *Educación popular* y sus *Apéndices* en la part. II de éstos, *Discurs. preliminar. de las Fábricas*, pág. cciv y sig.

DE AZOR ANADERO É DE LA CALOÑA

Chrosi, qui matare *azor anadero*, peche treinta mrs., si ge lo pudieren provar. E por cada peñola peche su caloña asi como sobre dicho es. E si non, salves' como es dicho. E la caloña sea del querrelloso.

AZOR *anadero*: azor industriado y doméstico, que servía para apresar las ánades al modo que, el de la ley anterior, para las garzas. El ánade es ave bien conocida, fluvial y palustre, y sus carnes estimadas para el regalo de las mesas. Por eso las vemos en dos géneros: unas que se criaban á la mano como las gallinas y gansos, dichas mansas: de cuya crianza doméstica trata nuestro agrícola Herrera por todo un capítulo, que es el X de su libro V, con reglas bien oportunas. Las otras, bravas ó montaraces: las cuales, á los que carecían de las primeras en sus casas, ó no las podían sustentar, empeñaban á la proligidad de criar otras aves que se las pescasen, y estas merecieron la estimación que se vé en las presentes leyes; no sin razón en un tiempo que se carecía de

la pólvora y munición, que ahora por un atajo más breve las hacen excusadas. Bien que en cambio también se ha perdido la honesta diversión que resultaba de estas sencillas monomaquias ó combates, echando el resto de su ingenio cada cual de los pájaros beligerantes, el uno para enganchar y el otro para librarse. En cuyos conflictos no podían menos de ocurrir estratagemas y lances de mucha instrucción á los hombres para el arte de la guerra. De modo que con razón hallo yo haberlas llamado no inelegantemente un docto teólogo nuestro: *Praeliorum simulacra* (1).

Y otro, extendiéndose más, decía: «Que es también muy divertida esta caza, por ser la campaña donde se ejercita, muy descubierta: el ejercicio que se hace, bueno: la industria con que las aves las unas cazan, las otras se defienden, tan grande, que más parece artificiosa, que natural. La variedad mucha, por ser tan diferentes los vuelos del *halcón*, del *azor*, del *sacre*, del *neblí*, y otras muchas aves, de que para esta diversión se sirven los Príncipes y Señores. Y todas estas calidades la hacen noble y digna de tales personas» (2).

(1) M. Fr. Domingo de Soto, *de Justit. et Jur.* Lib. IV. Quaest. VI. Artic. IV. ad med: *Apres, accipies et ad genus bestias, non conducit a Elcebis, venatu impetu, sed ut reserventur Ingentis, qui praeliorum simulacra adversus eas meditentur*

(2) P.^o Juan de Cabrera, *Crisis política*, escrita para la instrucción del Rey D. Luis I, siendo Príncipe. Madrid, 1719. pág. 460. n. 8.

Como estas aves de presa eran tan costosas á sus dueños, lo uno en adquirirlas, haciéndolas tal vez venir de muy lejos; y lo otro en criarlas y amaestrarlas para el ejercicio de su instituto, en que no dejaba de haber una delicadeza y proligidad inmensa; y por otra parte ellas les interesaban de los dos modos dichos, primero haciendo su honesta recreación, y segundo trayéndoles á las mesas abundante surtido de la volatería más regalada y menos fácil por ventura de acopiar por otros medios; por todas estas consideraciones, digo, ya no debe parecernos extraño, que nuestras antiguas leyes castellanas y de Sepúlveda hubiesen hecho asunto particular de un género de bienes así, que á la verdad no se encuentra en la calle ni es para arrojado á ella.

De ahí la escrupulosidad individual y menuda, con que no por vida mía, unos señoritos frívolos y retozones, sino unos varones catonianos serios, macizos y sólidos, cuales Castilla la Vieja los producía entonces de seso y peso, se detienen á arreglar las penas en dinero (cosa la más rara de sus días) que debiesen desembolsar aquellos que á mal hacer hurtasen ó matasen á sus dueños estos animados instrumentos venatorios. Y no solo esto: aun el menor mal que les hiciesen. Quitarles una sola pluma era ya caso penal de la ley; y tanto mayor, cuanto ella fuese de paraje donde le hiciese más falta al avioncillo para ejercer sus funciones. Por

la que le mesasen de las alas ó de la cola, un maravedí (lo mismo en que tasaban dos buenos carneros, ó un mastín de rebaño de la mejor ley). Y por otra cualquiera del cuerpo, cinco sueldos, necesitando el acusado de este delito cinco testigos no menos, todos conformes, para ponerse á salvo de tal acusación y purgarse de la mínima sospecha, probada con ellos su inocencia en toda forma.

Véase si hilaban delgado en la menor materia de justicia unos hombres, que á nosotros nos parecen burdos y desaliñados en todas sus cosas. Pero todo esto era poco comparativamente al rigor que usaba el Conde de Candala, un señor francés de la Senescalía de Burdeos. El cual al rústico labrador ú hombre del campo que cogía cazando perdices en sus tierras, le hacía pagar irremisiblemente un sueldo turonés por cada pluma. Y era esto por los tiempos ya adelantados del Rey Francisco I, que introdujo en la Francia las letras sólidas, la civilidad y compostura de las costumbres: sin que tampoco le faltasen letrados grandes que le aprobasen semejante proceder. Ve ahí uno de ellos, y por ventura de los más doctos que á la sazón tenía aquel reino. *Dominus comes de Candala, Senescaliae Burdegalensis, si rusticum quempiam venantem repererit pro qualibet penna perdicis captae, solidum turonensem, cessante gratia, a venatore exigit, Saepe de hoc interrogatus respondit: multa delictum excedit: tamen severitas publi-*

cam gignit utilitatem, ne ab agri cultura revocentur (1).

Obsérvese la razón: *ne ab agri cultura revocentur*: máxima sobre que aprieta allí mucho el jurisconsulto francés, digno de verse y de que se adopte su doctrina en el particular. En la misma dice se fundó el Rey de aquella nación Carlos el VI para el edicto solemne y vigoroso que publicó en París el año 1396 á 10 de Enero, prohibiendo generalmente en todo el Reyno la caza á los artesanos y labradores, mandando que si en ella fuesen hallados, á más de otras penas que allí establece, se les quitasen las aves, perros, redes y demás instrumentos venatorios. Y da por razón, entre otros inconvenientes: *Ne ratione venationis a suis laboribus, et mechanicis, vel aliis artibus diverterentur, venando ad bestias grossas, cuniculus, lepores, perdices, fasianos, et cetera volatilia*. Véase conforme á nuestro teólogo Fr. Domingo de Soto en el lugar poco há citado. En odio de tal deserción fué también el haber condenado el insigne padre de la Ju-

(1) Guillelmo Benedicto en su amenísima repetición *ad Cap. Raynultius de Testamentis*, verb. *Et uxorem*, núm. 354, folio 41. Lugdun. 1544. Nació este sabio en Tolosa, día de Santo Tomás 21 de Diciembre de 1455. Empezó á oír la facultad de Derecho en aquella Universidad en 1471. Fué catedrático y doctor célebre del Civil y Canónico en la de Caors. Levantado á senador de Burdeos en 1499. De ahí promovido al Parlamento de Tolosa su patria, donde también fué presidente. Era difunto en 1520. Escribía de primera mano esta obra en 1494. Y en 1513 la hizo *Adiciones* que hoy van insertas en el texto con distinción. Consta todo de ella misma. El Sr. Covarrubias estimaba mucho este autor y aprovechó por él. Poco falta para que compita á Tiraqueau la gloria de la vasta erudición, al gusto de aquel tiempo.

risprudencia media Bartulo tan acremente al patán rústico, que habiendo hallado el halcón del Conde Guido, dejando (como luego veremos) su profesión del campo, quiso meterse á halconero y le vino á matar por no entender tal manejo: *Quia fuit in culpa non levi, se immiscendo rei ad ipsum non pertinenti, nec statui suo convenienti: cui solum colere terram, de qua vivat, convenit, et non de venatione.*

Aun no bien ha enjugado la España sus lágrimas por la sensible falta de su buen padre Carlos III. Y con todo lo que fué, como se sabe, de unas entrañas excesivamente compasivas y benignas, en especial hacia cualquiera de sus amados vasallos, rara vez perdonaba el destino á Puerto-Rico á los que eran aprehendidos cazando en sus bosques, como por razón de oficio, licencia ó calidad no les tocasse.

Y oí decir, que no tanto lo hacía por la infracción de las órdenes prohibitorias, ni por el interés ó daño de la caza, en que las Magestades no reparan; cuanto porque los más de estos holgazanes eran ó labradores ó artesanos, que por andarse á la volatería de la caza ó á la caza de la volatería, muy inhiestos de escopeta, perros y bruxaca, abandonaban sus oficios y perdían sus casas, faltando á sus familias y al cumplimiento de sus obligaciones: una de ellas con el Estado, que porque las cumplan, les da los privilegios y se los mantiene y defiende, impartiendoles su protección.

Este mismo soberano, por Real cédula de 16 de Enero de 1772, redujo á un Reglamento perpetuo, firme y estable, general para todos sus Reinos, las órdenes de pesca y caza, que antes vagaban ó se daban anualmente. Y por el *Art.* IV, con el propio objeto de sujetar estas gentes de oficio á sus labores, y remover de ellas toda otra esperanza de distracción, dispuso: «Que en el tiempo permitido sólo podrán cazar con escopeta y perros los Nobles, los Eclesiásticos, y toda otra persona honrada de los pueblos en quienes no haya sospecha de exceso: y de ningún modo los jornaleros y los que sirven oficios mecánicos, que sólo lo podrán hacer los días de fiesta por pura diversión.»

Y en el XIV, por lo tocante á pesca: «Los menestrales, artesanos, trabajadores y oficiales mecánicos, sólo podrán pescar los días de fiesta de precepto, en los tiempos permitidos, y usar de la caña en los mismos días todo el tiempo del año.» Los meses de veda, que es general para todos, nobles y no nobles, los ha declarado antes, y podrán verse allí, pues la Pragmática salió impresa por dos partes, en el *Mercurio* y separada.

DE QUI SACARE GUEVOS DE AZOR

Otrosí, todo ome que sacare guevos de azor, peche treinta mrs. si ge lo pudieren provar: e si non oviere de que los pechar, *táimle la mano*. E si lo negare, salves' con cinco parientes ó vecinos: é si non se salvare, sea complida la justicia así como sobre dicho es. Et la calaña sea la meetad del querelloso, é la otra meetad de los Alcaldes.

EN más estimaban los huevos de azor que la mano de un hombre, y en menos la mano del hombre que treinta maravedís. No es extraño esto, aunque extraño siempre lo es, cuando por diez maravedís en la ley 223 le han mandado cortar la derecha. *¿Quae vilitas animorum haec est?*, vuelve la ocasión de exclamar aquí con Plinio. Más caras se venden hoy las manos de carnero en el Rastro que entonces en el tablero del suplicio las de los hombres. Pues qué ¿es por ventura esta mano de cinco dedos un mueble inútil en el cuerpo del hombre para prodigarla así? ¿Tan ociosas las tenían entonces para feriarlas por tan vil precio? No, por vida mía: no, no era así. La Historia, la tradición,

el efecto, acordes estos tres testigos, lo contrario nos aseguran. Aquellos hombres recios y duros no sabían estarse mano sobre mano. Sus brazos trabajaban más que los de ahora, y sin embargo los estimaban en menos. Pues ¿en qué consistía? En que valiéseto ó no lo valiese la pena, cuyo punto no le toca al súbdito ventilar, la máxima de tronco era, que el respeto á la ley y á la justicia había de ser inexorable; y este artículo preliminar de disciplina por cosa alguna del mundo se había de relajar aunque el cielo se cayese á pedazos. Tal es el espíritu que de principio á fin respira uniformemente todo este *Fuero*; tal el que resuenan otros que he observado conformes con él en este mismo modo de pensar. Requeríanlo así las costumbres de aquel tiempo. Exigíalo también la necesidad de infundir tranquilidad, terror y subordinación en los principios de un pueblo nuevo colecticio, donde la menor alteración de la paz consiguiente á cualquiera injuria no completamente satisfecha, bastaría á disolverle y ponerle otra vez en dispersión. No preguntes, pues, ya por qué á tan corto delito señalaban tan grave pena. Y acuérdate aun de las leyes militares de hoy de cuyo género eran en gran parte éstas. A lo menos misceláneas de militares y políticas. Un mismo juez de Sepúlveda sentenciaba los pleitos en el pórtico y comandaba las huestes en la guerra, sin tener otro Código diferente. El pueblo también era ambidextro. Tan pronto jugaba la

reja como la lanza. Entonces con una jugaban á dos manos; ahora con dos ni aun jugamos á una. ¿Qué será? Que tenían ellos más fuerzas en una mano que nosotros en dos. Eran ellos constituidos de nervios, nosotros de tripas. Sus fibras se hallaban más endurecidas á la inclemencia; las nuestras más febles en el ocio y á la sombra. Obedecían las leyes y no temblaban su aspereza. Ejecutábanlas hasta donde empezaban las penas fuertes. De ahí adelante no tocaba al obediente. Respecto á este, *pro non scriptis habebantur*. Al refractario, al soberbio, al insolente, que ya una vez perdió el respeto á la ley y se propuso atentar contra ella, él era el bárbaro, no bárbara la ley, que le domaba. A ese poco importaba descartarle, poco salir de él de cualquier modo. Él mismo se cortó la cabeza, él las manos, él los pies. Él se echó la soga al cuello, no se la echó la ley, no. Quiso que el manto sagrado de la ley le tomase á él bajo de su patrocinio contra otros, y no quiere tome á los otros bajo esa misma protección contra él. Las leyes todas, el público clamor, la causa pública se arman acordes para salir de ese enemigo común. Vaya fuera esa cuerda que no quiere guardar ritmo, no *sic* contento con las otras.

He aquí el espíritu; he aquí el modo de pensar legislativo de aquellos días. Bien está que hoy, por efecto de una máxima muy predicada (dícenla de humanidad) de que quieran que no quieran, se ha

de doblar las leyes á las costumbres, y no domarse las costumbres á las leyes, (como ello debiera ser), se trate de amansar estas penas, de adamarlas y cuadrarlas como para el talle de unos señoritos que ya no podemos más de delicados. Pero mala señal temer las penas. Remover las barreras de las leyes que como muros las circundan, las presidian, las ponen á cubierto de salteamientos atrevidos é impetuosos, buena idea puede llevar; pero no menos racionalmente temerse la sospecha de que aquí hay insidia oculta, aquí emboscada secreta. ¿Si será para atropelharlas más á lo salvo? Séalo ó no, yo entiendo poco de agüeros: con tal que entretanto dejemos vivir los antiguos á su modo. Ellos las hicieron para sí y ellos sabrían lo que se hicieron.

Nadie dirá que nuestros Navarros fuesen bárbaros á la mitad del siglo xvi. Y sin embargo, he ahí una ley que en la materia, al parecer ridícula, en que estamos les estableció á su pedimento Felipe II en 1569: «Los dueños de los sotos»..... (1).

(1) Queda así interrumpido el texto en el original.

DE QUI MATARE GAVILAN CERCETERO

Tot ome qui matare gavian cercetero, si ge lo pudieren provar, peche X mrs. é dent de ayuso, de quanto l' ficiere, al querelloso. Et por el otro gavian peche quatro mrs., é dent ayuso, de quanto l' ficiere. E por cada peñola que l' ficiere menos, de la cola ó de las alas ó del cuerpo, peche cinco sueldos. Et si non salves' como sobredicho es. E la calaña sea del querelloso.

Gavilán, otra ave raptora bien conocida. Pero seguramente no lo es tanto de los cazadores y naturalistas como de las mismas gallinas domésticas, víctimas de sus escarpías. Las cuales aun antes de tenerle encima, por la ventilación le presienten: y aterradas de pavor como un animalillo tan meticoloso y cobarde (en fin gallina) apenas tienen valor para más que para gritarse unas á otras, como dándose el apellido: *alerta, que el enemigo está á la puerta*. No obstante, se observa que los pollitos, aunque sea aquella la primera vez que le ven, corren á abrigarse bajo las alas de su madre, presintiendo no menos el peligro y entendiendo el idioma materno. Cosa es por cierto maravi-

llosa. Pero obra de Dios; y ¿cuál de ellas no lo es? Bien que semejantes demostraciones de sensibilidad son comunes en las gallinas y demás aves sujetas á la tiranía de las rapariegas, cuando se las acerca su enemigo propio, ya sea el gavilán, ya el alcotán, ya el azor, el águila, el milano, etc., con que sólo vean su sombra.

El gavilán ha sido dicho así, según algunos, casi *cavilan*: porque vuela muy bajo, casi pegante al suelo, de plano y horizontal con la misma superficie: *cave el llano*.

Prueba de que el nombre es castellano y su vista humipeta ó de corta graduación. Pero recompensa este defecto con la ventajosa alevosía de que volando así, se toma las aves gradientes de sorpresa. Las cuales, como no le han podido precaver, quedan en un instante pillaje de su buen anzuelo: *uñas de gavilán*.

Si el gavilán no descubre propensión por especie determinada sino que entra indistintamente en todo género de pájaros, ese en términos de cetrería, y al presente en nuestra ley de Sepúlveda, es entendido por un *gavilán común*, al cual regula ella, siendo doméstico ó de educación, por cuatro maravedís. Pero decidiendo su enemistad por determinada especie, ya sea por naturaleza ó ya por escuela, ese es apreciado en más dinero. Por ejemplo, en nuestro caso el *gavilán cercetero*, así nombrado por especial perseguidor de las *cercetas*. Al cual

con mucho exceso tasa este fuero en diez mrs., que es un doble y medio más.

Cercetas son dichas unas avecillas gregales ribe-riegas, que por lo común habitan en las marinas ó tierra dentro por las márgenes de las lagunas, porque deben hallar allí el alimento que las es análogo. Cuales Juan Mártir Rizo en su *Historia de Cuenca*, pág. 127, col. 2, dice se crían en la laguna de Montalvo, en aquella tierra. Corresponden al género de las ánades, sólo que son de mucho menor volumen. Aparecen en mayor número por otoño y en invierno. Sus carnes hacen un bocado regalado. Y de ahí es estimarse con distinción en nuestra ley el gavilán perito en su captura. No me detengo más en su descripción, porque sobre ser bastante conocidas, el pormenor de ella puede verse en los naturalistas (1).

A vista de esta infidencia reptil y manera, que usa el traidor gavilán con los inocentes objetos de sus iras, dudaba yo por qué razón se hubiese dicho en Castilla el adagio tan vulgar y repetido: *Hidalgo como el gavilán*. Pero es de hecho. Un autor nuestro y erudito, le busca hasta cuatro comprobaciones. Y cuenta por primera: «Que en las noches frías de invierno, á puesta del sol, prende un pajarrillo y le lleva consigo á la dormida, abrigándose

(1) Valmont de Bomare, *Dictionnaire d'Histoire Naturelle*, artículo *Cercelle*, pág. 263. t. II. Lyon, 1776, 8.º

con él el pecho, y á la mañana le suelta libre sin lesión ninguna. Demás desto, entre las demás aves de rapiña, ninguna se hace con más facilidad, tomando amor al cazador que le cura y reconociendo el regalo y buen tratamiento. Ultra de lo dicho, tiene el gavilán tan gran corazón y ánimo que pega con cualquiera otra ave, por valiente que sea, aunque haya de morir en la demanda. En fin, por esto y por otras razones dicen que cuando traen halcones de otras tierras, viniendo entre ellos un gavilán, son todos libres de los derechos de puertos. Y si se ha muerto en el camino, desentrañándole, y con testimonio, les da ni más ni menos franqueza. Y por esto le pudieron llamar *hidalgo*, por ser franco y franquear á las demás aves» (1).

Pues si ya esto es así, yo no quiero disputarle más al noble gavilán su hidalguía, y por mí líbresele la carta ejecutoria. Pero que sea á condición si pareciese, de que se sirva dejarnos también inmunes y francas nuestras amadas gallinas: las cuales nos regalan el pollo y los huevos, de que careceremos si él se anticipa á desplumar á las madres.

(1) Cobarruvias. Orozco en el *Tisoro*, art. *Fidalgo*, al fin.

DEL QUI MATARE FALCON GARCERO

Tot ome qui matare *falcon garcero*, peche
L mrs. Et si l' mesare, aya la caloña tal qual
la ha el azor garcero, si ge lo pudieren pro-
var: si non salvese como sobre dicho es. Et
por *falcon anadero* peche treynta mrs. E por
falcon lebrero peche quinze mrs. E por las
penolas aya su fuero así como sobredicho es.
E la caloña sea del querelloso. Otrosí, qui sa-
care huevos de falcon, ó de gavián, peche
quince mrs. si oviere de que, é ge lo pudieren
provar: si non, sea complida la justicia como
sobredicho es.

Al modo que antes ha puesto dos especies de
azores, azor garcero y azor anadero, y la
del gavián cercetero; así también ahora
pone otras tres de halcones: el *garcero*, el *anadero* y
lebrero, dándoles nombres de las cazas de su insti-
tuto. De *garcero* al primero, porque servía para la
caza de las garzas (como el azor de la primera es-
pecie). De *anadero* al segundo, porque con él se ca-
zaban las ánades. Y de *lebrero* al último, porque
con éste se hacía la de las liebres. Las cuales te-
nían, y aun hoy mismo tienen, otros muchos artifi-

cios y medios de ser sorprendidas, como luego veremos en la respectiva ley de su asunto.

En esta parte no parece era el *Fuero de Sepúlveda* tan escrupuloso y nimio como el antiguo de *Navarra*, el cual no permitía se hiciese la caza sino con instrumentos análogos á la especie de cada una. Esto es, como él decía: *ala por ala, uña por uña*: el ave con ave; el cuadrúpedo con cuadrúpedo; cada uno con su enemigo natural, no con el artificial ó de invención. Es ley del Reyno ratificada en Cortes de 1528 y 1549: «Que ningún cavallero, noble, gentil-hombre, ni hijodalgo deste nuestro Reino [dicen] de *Navarra*, pueda matar *perdices* ni *liebres* sino conforme á la disposición del *Fuero* de dicho Reino: es á saber: *uña por uña: ala por ala.*» Que es decir: «que las *liebres* no se puedan cazar sino con *galgos* ó *conejeros*, ó con otros perros, en *seguida* y *corrida*: y las *perdices* con *azor*, *halcón*, *gavilán*, ó con otra ave de rapiña, según se acostumbra en cualquiera parte.» Es la 1.^a tít. XVIII, lib. III de la *recopilación* del licenciado Armendáriz con sus *escolios* á continuación, un tomo en fól. *Pamplona*, 1614, página 131. Esto es, querían y querían bien aquellos naturales, llenos de humanidad y de razón, que estos *mitos* animalillos, aunque sean agrestes, fuesen cogidos por un derecho de guerra templado y racional y no ya por sorpresa insidiosa y á traición. Porque, aun en ese ejercicio, es caso de mal ejemplo y contiene cierto odio, á que no deben

acostumbrarse los hombres justos. Pero si se tratase con animales fieros é infidentes, como el raposo, el lobo, el oso, el javalí, los cuales para embestirnos á nosotros, tampoco nos guardan esos respetos; entonces sueltan el dique, y autorizan á todos por la ley 6.^a para que con cualquiera género de ingenios ó cepos, los persigan como puedan; y aun mandan dar premio al hombre diestro que los arreste ó caze.

Consiguiente á esta máxima, establecen por la ley 5.^a: «Que ninguno sea osado de tomar huevos de halcones, azores, ni gallinas, ni pollos de ellos, en nido ni fuera de él, en ninguna manera, sino con *arañuelo*: ni ballestée, ni eche los nidos de los dichos azores ni halcones, so pena de 200 libras carlinas, y de perder la tal ave ó aves que hubiere tomado ó hecho sacar de los huevos en la manera sobredicha; y aquella ó aquellas puedan ser tomadas á quien quiera que las llevase ó tuviere, hallando que son *niegos*, y no *sahareños* ó *araniegos*.» Hay allí otras especies curiosas; pero me contento con éstas por análogas á nuestro *Fuero*. El de Aragón no procedió menos cauto y prudente en el ramo venatorio: mas es ya tiempo de volver á los halcones de la sierra de Sepúlveda.

Generalmente de esta avecilla rapaz, de mayor corazón que volumen, son obvias las noticias en los autores vulgares de cetrería. Dejándolas por ahora á su cuenta para el que quiera ser Halconero

Mayor como el caballero Pero Carrillo de Albornoz señor de Priego lo fué del Rey D. Juan II (1), por raro y antiguo yo sólo pondré aquí las siete cualidades del halcón venatorio que le contó el dominicano Fr. Juan de S. Geminiano, alias *Heluico*, teutónico de nación, en su preciosa *Suma de Exemplis et similitudinibus rerum*, escribiéndola por los años 1300. En la cual, con motivo de haberse propuesto aprontar á los predicadores de púlpito, un copioso surtido de materiales con que pudiesen amenizar la palabra de Dios y convencer al pecador, procediendo por símiles y comparaciones levantadas so-

(1) Lo era en 1422 á 20 de Marzo, en 1435 á 2 de Septiembre, y en 1438 á 6 de Julio; con cuya última fecha fundó el mayorazgo de su villa de Priego de Escavias, su jurisdicción y señorío, casa fuerte y alquerías y del lugar de Cañaveras y sus heredamientos. En la escritura para distinguirse de otro Pero Carrillo de Toledo, se llama *Pero Carrillo de Huete, Falconero maior de nuestro Señor el Rey, é su guarda maior, é alcalde de las alzadas de la ciudad de Huete é su tierra*. Inserta dos cédulas de facultad que para ello tuvo del Rey D. Juan II con las dos primeras fechas. Y en ellas le llama del mismo modo su *Falconero maior*. Escribió sumariamente la historia de una porción de su reinado, que no ha salido á luz, á lo menos como él la dejó. El grande Zurita, á quien poco de lo bueno se solía ocultar, tuvo y disfrutó de ella un Ms. íntegro y sin corrupción. Véase al Dr. Ustarroz en el *Índice*, al fin de las *Coronaciones de los Reyes de Aragón*, de Blancas, que con sus notas y otras piezas publicó en Zaragoza, año 1641, pág. 274 y antes pág. 51; y al Dr. Galíndez en el *Prólogo* á la *Crónica* vulgar del expresado Rey D. Juan; aunque bien había que deshacer algunas equivocaciones de éste y otros. *Sed non omnia ad ultimam limam resecanda sunt*. Yo, no por falconero, sino por escritor, he querido añadir á sus memorias esta, que antes no se tenía. Porque mis héroes son los escritores, no los cazadores. Y esas vidas son las que gustara hallar bien ilustradas, como ellos desudaron por ilustrarnos á nosotros.

bre el mismo plan de la naturaleza en sencillo, expende el docto padre todo lo bueno que entonces se sabía de Historia natural en Europa. *Falco* (dice en el lib. V, cap. 79), *quaedam avis est, primo paucae carnositatis: Secundo, magnae animositatis: Tertio, multae pennositatis* (en que entiende, de mucho plumaje): *Quarto, magnae agilitatis* (para el alto y rápido vuelo): *Quinto, magnae generositatis; nam si primo vel secundo praedam non arripit, quasi vindictam de se expetit, et de facile tunc prae verecundia ad manum non redit, sed per aera vagus incedit: nam devictum et quasi degenerem se extimat quando de ave, quam expetit, non triumphat. Sexto, magnae pietatis; scilicet, non solum erga pullos suos, sed etiam erga alienos: nam eodem sedulitatis officio, quo filios pascit, pullum ab aquila derelictum nutrit, et cum suis recipit. Septimo, magnae puritatis, sive mundiciae in cibo capiendo: nam cadavera fugit, et in vehementia famis putridas carnes non tangit, sed patienter expectat, quousque praedam sibi congruam invenit. Lo antiguo siempre deleita, aunque sea de los tiempos incuriosos.*

Son varias las especies de halcones que nos cuentan los escritores de cetrería. Baharí, torzuelo negro, girifalte, sacre, neblí, borní, tagarote, alfaneque, y no sé qué más, todos los cuales expresaron estos nuestros antiguos cazadores con la preeminencia de cada una, en un refrán vulgar entre ellos que conservó el comendador Griego, entre los suyos, y decía: *Alas de neblí, corazón de baharí, cuerpo y cola de girifalte, ojo y vista de borní, presa y garra de sa-*

cre, seguridad de alfaneque, riza de tagarote. (Véase Co-barrubias en su *Tesoro*; artic. *Alfaneque*.—*Cetrería*.—*Tagarots*.)

Y en cuanto al origen, quieren decir los cetreristas, que el baharí torzuelo negro ha sido el tronco de este linaje; pero que ya no le hay genuino y puro en la naturaleza, y de consiguiente ni halcón alguno que tal deba llamarse propia y verdaderamente, habiendo faltado la agnación, degenerado la familia y pasado á mixtas las especies sobredichas. Para componer esta paradoja trovan que el *halcón negro baharí torzuelo*, primitivo, murió antes de multiplicar; y quedando la *prima* sola, esto es, la hembra compañera ó primordial de su especie, en el mes de Marzo, cuando fué en calor, se juntó con un pájaro blanco llamado *Vasadio*, y procrearon los *girifaltas* de plumas mixtas blancas y negras. Que al año siguiente, al mismo tiempo, se castigó esta propia hembra con otro macho también diferente, nombrado *Alvaristo*, y salieron los *sacres*. Y así siguen urdiendo mezclas sobre mezclas, y á mi entender, mentiras sobre mentiras. ¿Por qué registros genealógicos se gobernaron estos célebres nobiliaristas para deducir semejantes bastardías y transiciones? Pues ya ni al estimado *neblí* le dejan agraviado en estas deducciones genealógicas. A ese le cuentan hallado en Niebla de Andalucía no menos que en tiempo del Rey Wamba, y falta poco para que le troquen el nombre por la patria, aunque otros

quieren por su nobleza: otros porque trasciende ó supera las nubes con su vuelo maravilloso y que desde allá ve siete estados bajo de tierra (1).

A mí me parece que estos escritores lo son propiamente de volatería, y por lo mismo se les debe permitir, que cuando fuesen al lado de sus Reyes jóvenes á monte, para armarles la ballesta y darles á la mano el halcón, como parásitos que siempre están mirando á la cara á su Señor para ver si se enoja, ó el humor que le domina, tirasen á divertirles con algunos cuentos donosos acerca de la generación y de las habilidades y proezas de aquellos animalillos de su instituto. Esto sería ello, que por lo demás, yo no hallo inconveniente en que se asegure con un hombre docto de la nación: «Que desde Noé hasta hoy ha habido en España halcones y todo género de aves de rapiña, con las mismas propiedades de cazar á otras aves para alimentarse. Y esa tan visible propiedad en todo el mundo, indujo á todos los hombres que le habitan á valerse de estas aves para cazar á otras, al principio, para comer, y después, para diversión de Reyes y Señores; pues es de más alta nobleza la *Cetrería* que la *Caza* (y pudiera añadir de menos peligro y gasto) sobre

(1) Podrá consultarse á Cobarruvias Orozco, que extracta estos autores en los artículos siguientes de su *Tesoro* de nuestra lengua: *Cetrería*.—*Falcón*.—*Girifalco*.—*Halcón*.—*Nebli*.—*Sastre*, donde de paso es apreciable la noticia de un escritor más de esta materia del tiempo de D. Juan II y cazador suyo, nombrado Juan de Sahagún, omitido por D. Nicolás Antonio.

la cual, concluye, se podría decir mucho.» Y con efecto, algo dice allí (1).

Otra cosa sería si se preguntase de dónde se surten los mejores, en medio de que en España también los hay. En esta parte el cronista Gil González Dávila en su *Teatro de las grandezas de Madrid*, pág. 318, con motivo de tratar del oficio de Cazador mayor del Rey y sus subalternos, cita algunas especies conducentes, y entre ellas ésta que da alguna luz: «Los rederos (dice) que en Castilla cogen los halcones y los envían, el Cazador mayor los paga y los da provisiones para entrar en cualquier monte á tomar halcones. Los que traen halcones neblíes, girifaltes ó sacres de Flandes, Noruega, Orán, Indias y otras partes, el Cazador mayor los recibe y da certificación para que se paguen. El tiempo de volar es desde Todos Santos hasta el mes de Mayo.»

Los Neblíes de Noruega siempre suenan los más famosos en nuestros libros antiguos; y serían de la fría Islandia de los dominios de Dinamarca; de donde aquel soberano se hace surtir los blancos más excelentes para el regalo de las cortes extranjeras y su propia diversión. Como quiera que también se conducían de Malta. Aun en el día el gran

(1) El M. Sarmiento en *Carta al Duque de Medinasidonia*, su admirador y Mecenas, escrita de Pontevedra á 3 de Junio de 1754, publicada en 1787 por D. Antonio Valladares en el tomo VI de su *Semanario erudito*, pág. 213.

Maestre es obligado á enviar de allí todos los años al Rey de Francia doce de ellos (que también han de ser blancos) como por una especie de fuero; y S. M. Cristianísima acostumbra á dar mil escudos al caballero maltés que se los presenta de orden del Maestre (1). Ruy González de Clavijo en la Relación de su *Viaje* al Tamorlán de orden de D. Enrique III, año 1403, notó que se criaban en el Mediterráneo en una isla despoblada llamada Cequillo, perteneciente á la Señoría de Venecia, por donde él pasó (2). Este mismo embajador, entre los regalos que dice llevó de parte de su Rey para aquel soberbio potentado de la Asia, afirma se comprendían algunos girifaltes: uno de los cuales murió sofocado de una calma en el camino (3). Y es así. Estas avecillas cazadoras eran de tanta estima en el gusto de aquel tiempo, que los Príncipes de Occidente no dudaban enviarlas de regalo á los de Oriente, como una de las cosas más preciosas de sus tierras. ¿Cuánto no subirían de precio con este motivo? Díganlo los cincuenta, treinta y quince maravedís que respectivamente vindicaban su muerte y daños en el *Fuero de Sepúlveda*, acordándose que por un mastín bueno de ganado, que qui-

(1) M. Valmont de Bomare, *Dictionnaire d'Histoire Naturelle*, tom. III, Lyon, 1773, Verb. *Falcon*, pág. 424.

(2) Pág. 36 de la nueva edición del Sr. Llaguno. Madrid, 1782, en un mismo volumen con la Crónica del Conde D. Pedro Niño, á que tuve el honor de contribuir.

(3) Págs. 120 y 122.

taba al lobo el carnero de la boca, sólo reguló un maravedí.

Ni era esto nuevo: su padre el Rey D. Juan I no había dudado hacer un regalo á la grandeza del Soldán de Babilonia, en que entraba también esta especie. Fué en el año 1380 cuando le envió á rogar por la liberación del Rey León de Armenia que tenía prisionero. El cual en aquel revés de su fortuna buscó por sus mensajeros la mediación que le valió de nuestro Rey. Por cuya resulta, libre ya de la prisión, vino en persona á Castilla á agradecersele. Y nuestro Soberano, procediendo como quien era, añadió nuevo favor al primero, señalándole por señorío y alimentos la villa de Madrid, por sus días.

•E los dichos Mensajeros le dixeron que el Soldan de Babilonia non queria dineros por el Rey de Armenia, que asaz avia de oro e riquezas; mas queria que los Reyes christianos ge lo enviasen rogar é demandar que le soltase por honra dellos: otrosi que le placia mucho al Soldan que los Reyes christianos le enviasen algunas joyas de las que non avia en su tierra, así como escarlatas, é *falcones gerifaltes*, peñasveras é grises é tales cosas como estas. E el Rey D. Juan fizo luego catar todo esto lo mas é mejor que se pudo aver, é ordenó sus Mensajeros é sus cartas para el Soldan, por los quales muy amigablemente le envió rogar, que le ploguiese por su honra soltar de la prision al Rey

de Armenia, é que esto seria una cosa que le agradeceria mucho. E envíole con sus Mensageros es-carlatas las mejores que pudo aver, é peñas grises é veras, é *falcones gerifaltes*, é otras joyas de oro é de plata muy bien labradas: las quales le envié mas por la obra fermosa que en ellas avia, que por la riqueza.» (1)

Finalmente, baste decir, que los halcones, los azores, los gavilanes y demás aves de presa, hacían entonces los placeres de los Príncipes y generalmente de las gentes de honor. Ellas se reputaban en la clase de instrumentos venatorios para la caza de vuelo, dicha propiamente *Cetrería*: del mismo modo que para la de suelo y monte el alano, el podenco, el sabueso, el lebrei: y en una palabra, como hoy la escopeta, el armadijo, el cepo, las redes, los butrones: aunque en mucha mayor estimación á respecto de su rareza, de que eran en su mayor parte unas aves peregrinas, de costosa traida y de no menos difícil educación y conservación. Así las contaban nuestros mayores después de la labranza, la crianza, los montes, las adquisiciones por la guerra, por uno de sus bienes esenciales. Se atravesaban por ellas los mismos juicios de tesón y de empeño, que hoy por los fundos y el ganado,

(1) Su *Crónica*, año 1380, cap. VI, pág. 135 de la nueva edición de 1780, á que también contribuí, más bien por celo de la patria que porque en ella se hiciese á mi nombre el honor que no merece.

en cuyo ramo de hacienda parece referían este al modo que ahora las aves doméstico-fructíferas. Nada, pues, debemos extrañar que las leyes las hubiesen hecho objeto de su consideración, arreglando con tanta delicadeza las penas que debían incurrir los que las hurtasen, matasen ú ofendiesen.

En prueba de esto, es memorable, al paso que gracioso, el tratado de *Falcone* que escribió ya el insigne Bártulo, ese padre de la jurisprudencia de media edad, y con la gloria de haber sido legislador en Castilla por algún tiempo. El motivo de tal tratado fué éste: á un noble que andaba á caza se le perdió un halcón pihuelado, y según le tenía de aparejo. Encontróle un rústico ó patán del campo, que entendía poco de halconería. Este, en vez de denunciarle públicamente, ó manifestarle á la justicia para que le hiciese publicar, se lo llevó para su casa. Púsole bajo de su escaño en la cocina y dióle á comer pan y queso, berzas y cecina; en fin, lo mismo que comía él. El halcón, no acostumbrado á este alimento grueso, y menos al humo, que le ofende mucho, murió. Súpolo el dueño: demandóle judicialmente por el interés. Consulta á Bártulo sobre el *quid juris*; y en medio de todo su cuidado y diligencia, por mal dirigida le condena: *Qua fuit in culpa non levi se immiscendo rei ad ipsum non pertinenti, nec statui suo convenienti, cui solum colere terram, de qua vivit, convenit, et non de venatione*. A más de no poderse decir de buena fe. Porque por las pihue-

las 6 cascabeles con que le halló (*cum gectis et sonaliis*, dice la elegante latinidad de nuestro jurisconsulto) (1), debió conocer que el pájaro tenía dueño, que venía escapado, y que no era del género de los bravíos para hacerse del primer ocupante (2).

En estos términos ya no se representa paradoja el que un Conde de Medellín hubiese dado por un neblí dos mil ovejas: caso que podría parecer increíble, si no testificara de él un escritor fidedigno de sus días (3).

Pues en el supuesto de los placeres honestos que se tomaban con estas aves los Señores de entonces, sempiternos admiradores de su rara industria para las presas, siendo, como por otra parte eran, poderosos y ricos, debemos creer no perdonasen el mayor gasto á trueque de acercarse semejantes entretenimientos. Bien que en el día será difícil averiguar el cálculo por donde aquel grande se gober-

(1) No dió poco que reir al consejero Mascon en sus notas á Gravina (*De ort. et progress. Jur. Civil.*, cap. 164 al fin) este tal *gectis et sonalis* de nuestro Bártulo. Pero debiera considerar que él no inventó la lengua de su tiempo (en que aun estaba lejos de escribir Lorenzo Valla sus *Elegancias*) y que si se hubiese explicado en otros términos, no le hubieran entendido sus coetáneos.

(2) Le extractan y siguen, opinando, en caso igual, del mismo modo, el jurisconsulto francés Guillermo Benedicto, in Cap. *Raynutius de testament.*, verb. *Et uxorem nomine Adelasiam*, número 352, fol. 140, col. 4 Lugduni, 1544, y nuestro insigne Avenaño (el viejo) en su *Aviso de casa y cazadores*, Duda X.^a, página 31, edic. 2.^a, Madrid, 1593, f61.

(3) D. Juan Vitrián de Beaumont, ya citado sobre la L. 237, n. 12.

nó para atravesar tan subido interés por un triste pájaro, que, echado al vuelo, no menos corre el riesgo de otros, que otros le corren de él. Y en todo caso se dirá: *más vale pájaro en mano que ciento volando*. Lo cierto es, que las dos mil ovejas no las había de llevar el aire. Hoy quisieran tenerlas muchos para estimarlas algo más. Pero sin oponerme á que él se tenga por uno de los exemplos del despilfarro español, pluguiera á Dios que en el día no disipasen algunos mayores haciendas en divertimientos menos inocentes.

¿Por qué dinero hubiera dado el infante D. Manuel, hijo de San Fernando, aquel su sacre gentil, después que estando con él á la caza de volatería en Escalona, le descubrió la habilidad de combatir con las águilas, y por fin echarlas á rodar por esos ayres abajo? Caso es que nos asegura su propio hijo el sabio Príncipe D. Juan Manuel en su *Lucanor*, otro de los libros en que se contiene la sabiduría de nuestros mayores (1).

Pues fué así de hecho, que despedido de las manos de su señor á volar una garza, que se descubrió en el horizonte, por cuatro veces bajó el águila en su defensa y contra aquel común enemigo; pero él, valiente y denodado, por otras tantas se combatió con ella y la obligó á retirarse. Volviendo

(1) Ed. de Gonzalo Argote de Molina, en Sevilla, año 1575. 4.º Cap. XXI. fol. 45 á 46.

siempre á su garza, ya desembarazado del contrario; cuarta vez vino el águila sobre él, no queriendo la Princesa de las aves darse por vencida de aquel súbdito rebelde. Entonces él dejó la presa, y dió sobre el águila con tanta fuerza, un animal tan pequeño en su comparación, que descoyuntada, la hizo venir al suelo. Con lo cual revolvió contra su garza, y no teniendo ya ésta quién la valiese, acabó de hacerle presa y la afianzó. No se extrañe esto, porque al golpe que dan de costado dejándose caer á plomo con grande ímpetu, aun á las aves mayores derrocan. A este modo se hallan por los libros, especialmente de cetrería, otras donosas gentilezas de los sobredichos pájaros raptos; las cuales servían para embelesar el gusto de la gente de paseo de aquel tiempo.

Actualmente en España, dice el P. Sarmiento, *casi está olvidada esta diversión*, y se mira entre los pobres como excusada para comer tan costoso género de caza (1).

(1) En su carta para el Duque de Medina-Sidonia sobre la caza, impresa en el *Semanario erudito*. Tom. VI, pág. 213.



*Imprimi6se en Madrid, oficina tipogr6fica
de D. Ricardo F6, calle del Olmo,
n6m. 4, 6 17 d6as del mes
de julio de 1890
a6os.*

